

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8441

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 60

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id. Provincias, tres meses, 7.50 id.—Extranjero, tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorelle, rue Cauvart, 6, M. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, M. C. 186.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Jueves 26 Diciembre de 1889

EL PERAL.

Nuestro activo é ilustrado corresponsal en Cádiz, nos ha remitido el siguiente telegrama:

Director ECO DE CARTAGENA

San Fernando 25, 10 noche.

A las nueve de la mañana salió el submarino, llegando al Salado a las once y cuarto.

A las dos menos un minuto cerró las portas, fuera del Placer de Rota, y se sumergió totalmente apareciendo a las dos y quince á más de dos millas de distancia, enseñando solo el extremo de la torre óptica, volviendo á sumergirse nuevamente. A las dos y treinta y tres apareció á más de dos millas y media.

Lejos se sumergió nuevamente por completo dirigiéndose á Cádiz donde fondeó frente al muelle á las cuatro de la tarde.

Imenso entusiasmo en todo Cádiz por tan brillante éxito, que superó á las esperanzas más optimistas.

Había el proyecto de repetir las pruebas mañana, pero es probable no se verifiquen por haber fallecido repentinamente el señor Armero, Ayudante de la Reina, que no fue hoy en el submarino por hallarse indispuesto.

Rodero.

Nuestro distinguido colaborador señor Martínez Rizo, ha recibido el siguiente telegrama, que ha tenido la bondad de proporcionarnos.

San Fernando 25, 12-20

Pruebas de hoy concluyentísimas.

Triunfo absoluto: ya no hay más que creyentes. Dos inmersiones una de 11 y otra de 17 minutos. Distancia recorrida 12 cables primera y 17 segunda. Orientación absoluta. Planos de inmersión el apetecido, con errores menores de medio decímetro velocidad sumergido acoso superior á flote. Quedó submarino en Cádiz para pruebas mañana. Tripulante Armero ayudante Jefe Estado, que no fue hoy pruebas ha fallecido esta tarde á las 7 y 40 minutos. Se telegrafía á Peral triste suceso probable no haya pruebas.

Abasolo.

LAS REFORMAS DE HACIENDA.

Una singular manía domina á todos nuestros hacendistas, y es la de reformar sin ton ni son y solo con el propósito de que de su paso por el ministerio quede rastro.

No de otro modo se explica ese afán de modificar lo que encuentran establecido, no para mejorarlo en bien del país, sino por el placer de ofrecerse como reformadores.

No somos partidarios del quietismo y entendemos que la Hacienda española exige muchas reformas; pero conocemos paladinamente que esa tarea patriótica exige á su vez grandes iniciativas y extensos conocimientos prácticos del actual mecanismo administrativo y de la actual situación económica del país.

Así es que cuando se abordó por el señor Camacho la reforma de las tarifas de

subsidio, se produjo una perturbación en el país para tener que volver sobre lo andado y dejar las cosas casi en el estado que estaban.

Cuando el Sr. Puigecerver asomó sus reformas del Timbre y de la contribución territorial, comenzó á abrir la sepultura donde había de enterrar como enterró su cascaca de ministro bajo el peso de la impopularidad.

Cuando el Sr. González intenta ahora la reforma de la contribución industrial estableciéndola sobre la base de las utilidades, todos los comerciantes y los industriales todos se alzan en protesta enérgica contra esa novedad que habiendo sido muy mal pensada, se ha desarrollado en un proyecto de suyo odioso é imposible.

Y es que los hacendistas españoles proceden sin aquella reflexión que los de los otros países, y es tal de hacer algo nuevo atropellan por todo importándoles un bledo los intereses de las clases contribuyentes que en todas las naciones cultas son respetados y favorecidos, á la vez que de ellos se hace el fundamento ó base de la tributación pública.

Cada una de esas reformas intentadas, á que nos referimos y que han fracasado después de proporcionar al país graves disgustos, estaban llamadas á prosperar, si en vez de haber sido inspiradas en torpe egoísmo ó en equivocado juicio de la pública riqueza, hubiéranse forjado al calor de un verdadero patriotismo y con amplio conocimiento de las exigencias de la nación y de sus grandes necesidades.

Pero como en España allá van proyectos de van ministros, ocurre que vivimos prensados bajo balumba inmensa de leyes, decretos, órdenes, circulares y proyectos que ni se compaginan entre sí, ni responden á un plan dado beneficioso para la patria.

Variaciones.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

CALIGULA

Charada

Puede servir mi primera de adverbio ó de conjunción, y no puede sin tercera estar completo un violón.

Prima tres, nombre famoso célebre en el mundo ha sido y el tres dos, en nuestro caso fue un tipo muy conocido.

Apuesto á que una mi todo que de serlo está pagada, no encuentra forma ni modo de acertar esta charada.

A. A.

La solución en el número próximo.

LA DOMADORA

—Entrad, señoras y señores; ya es tiempo; se va á empezar.

Y el pregonero, de amarillentos carrillos y ojos verdes, se desgañitaba con ronca voz yendo y viniendo al par delante de una de las mejores barracas de la feria de Limoges. Era una exposición de fieras; el telón de boca representaba á la derecha toda una tribu de monos en actitudes más ó menos grotescas; á la izquierda, panteras de ojos feroces y leones

de espantosa melena. En medio había piñata de el artista una mujer colosal, con malla color de rosa y faldas de bailarina.

En el rincón de la derecha, delante del telón, cuatro músicos con cornetines y bombo hacían un ruido infernal en cuanto el pregonero callaba.

Era domingo: los aldeanos se habían puesto su mejor ropa para ir á la feria; las obreras y aldeanas, guapas morenas de aire resuelto, negros ojos y ajustado talle, llevaban el lindo gorro de muselina blanca bordado de encajes, que en el país se usa. Los uniformes de los soldados salpicaban con una nota alegre este movido cuadro.

Varios oficiales de caballería hablaban con las moradoras de las casas de campo de los contornos, que habían bajado de sus carruajes para visitar la feria; porque en provincias hay pocas distracciones, y se aprovecha cualquiera ocasión para disfrutar un rato de sociedad.

Una preciosa morena, elegantemente vestida y transformada en rubia por repetidas aplicaciones de un agua de tocador, se apoyaba en el brazo de un hombre de cierta edad de aire militar y bigote canoso. Aquella coqueta parisien había ido á pasar quince días en el campo, y lo examinaba todo con una curiosidad de niña.

—Coronel, dijo sonriendo deliciosamente y señalando á la barraca de las fieras; tengo ganas de entrar ahí.

—Señora, debe apearar horriblemente, replicó un joven alto, moreno, con uniforme de dragón, que iba á la derecha de la linda viuda.

—Lo mismo da, respondió con filosofía la joven, que se llamaba Mad. Clerly. ¿Vamos? añadió volviéndose hacia el grupo de amigos que la seguían.

Tras unos momentos de vacilación entraron todos en la barraca, llena ya de curiosos. Un hombre gordo, el propietario sin duda de las fieras, estaba sentado en el despacho y cobraba el dinero.

—Vamos, apresurados, gritó; la representación ha empezado.

Al entrar, el olor que las fieras exhalan impresionó desagradablemente á Mad. Clerly; y eso que no eran, ni con mucho, tantas como anunciaba la muestra. La jaula principal contenía dos leonas y un enorme león que, tendido perezosamente en el suelo, miraba á la multitud con ojos desdeñosos y medio cerrados.

De pronto, una puerta que había detrás de la jaula resbaló sobre sus ranuras y dió paso á una joven cuya hermosura arrancó á los hombres un murmullo de admiración, y produjo cierto disimulado despecho en las mujeres. No vestía como las bailarinas; llevaba un elegante traje azul y blanco, exactamente como el de la Granier en el *Petit Duc*: era una rubia con ojos de un azul oscuro y de fresca tez realzada por un ligero toque de colorete.

Dió un paso adelante el coronel y exclamó:

—¡Demonio! ¡qué hermosa muchacha!

El león había oído cerrarse la puerta de la jaula; levantóse estirándose como un perro gigantesco y lanzó una profunda mirada á la joven domadora. Ella se le acercó, llevando en una mano un aro y el látigo en la otra. El león saltó por el aro. El público aplaudió y René Maurel, el joven alto, moreno, que acompañaba á Mad. Clerly, hizo lo mismo, casi con afectación.

Continuando el espectáculo con los ordinarios ejercicios que obligaba á hacer á sus animales la joven domadora, ocurrió que una de las leonas no quiso obedecer. Entonces la

muchacha frunció sus lindas cejas, un relampago brotó de sus ojos de zafiro y descargó un látigo sobre el lomo del animal, que obedeció.

Nuevos aplausos.

El joven se hallaba en pie cerca de la jaula y exclamó:

—¡Bien por la linda muchacha!

La domadora volvió sus azules ojos hacia René, que la miraba con la vista y se turbó, colorándose sus mejillas repentinamente.

Un minuto después recobraba la posesión de sí misma y dirigía la vista á los animales. Tiempo era; la leona se había levantado y sus ojos, estuñados de amarillo, brillaban ferozmente.

Entonces la domadora, cogiendo un revólver de su cinturón, disparó rápidamente cuatro tiros con pólvora sola, y antes que la nube de humo producida por la detonación se hubiese disipado, ya había desaparecido.

Los espectadores salieron bulliciosamente, tropezándose con otra ola de espectadores que entraba.

—Esa chica, dijo el coronel, aún no tiene dieciocho años y es endiablidamente bonita.

—Una hermosura algo insípida; dijo madame Clerly con un tono despreciativo.

—¡Feliz bribón! ¡Cómo te ha mirado! prosiguió el coronel dirigiéndose á René con acento que revelaba cierta envidia; ¡lo que es ser joven!

Al día siguiente las ligeras brumas de la mañana se extendían todavía sobre el Limousin; pero ya se veían por los caminos las carretas tiradas por los grandes bueyes del país, y las mujeres con sus pañuelos liados á la cabeza, que llevaban las vacas á pastar ó guiaban una piara de cerdos.

René Maurel, que volvía de dar un paseo á caballo, respiraba con delicia el aire fresco de la mañana y contemplaba con admiración aquel hermoso cuadro campestre; pero no tardó en dejar su caballo en el cuartel y, después de vacilar algunos momentos, decidióse de pronto y se dirigió á la feria.

Las tiendecillas estaban ya abiertas; pero no así las barracas, porque no había pública á semejante hora; la trompetería y el bombo estaban mudos.

Al llegar cerca de la exposición de fieras vió René al pregonero ó payaso de la compañía que remendaba su vestido encarnado, y se acercó á él.

—¡Hola, amigo! le dijo, ¿cómo va el negocio?

—Para el tío Guillermo, que es el amo, bien; pero yo me gano más puntapiés que pesetas.

Maquinalmente el joven echó mano al bolsillo y los ojos de su interlocutor brillaron de codicia; pero René lo pesó mejor y sacó vacía la mano preguntándole:

—¿Y viajais mucho?

—Todo el año... eso abre el apetito; es ferozmente bueno para la salud, con tal de que halla alimento.

—¡Jau! gritó desde el interior una dulce voz de mujer.

—Ya voy, señorita Paula; contestó el payaso levantándose.

—Un momento, dijo René, poniendo esta vez una moneda de plata en la mano callosa de Juan; ¡si no entras en la barraca, que sucederá?

—Que la señorita Paula saldrá á buscarnos.

—¿Quién es la señorita Paula?

—La sobrina del amo, del tío Guillermo; en fin, la domadora.

—¡Ah! sí; la vi anoche: una muchacha muy linda.

—Y no son pocas los galanes que la han